

LA CRÍTICA DE UNAMUNO AL CIENTIFICISMO

ALICIA VILLAR EZCURRA

Universidad Pontificia Comillas

RESUMEN: En este artículo se expone y analiza la crítica de Unamuno al cientificismo, al que consideró una especie de idolatría. En primer lugar, se presenta la evolución intelectual y vital de Unamuno, que en su juventud fue positivista y defendió la necesidad de aplicar métodos científicos rigurosos para avanzar en el saber. Después de su crisis de 1897, Don Miguel se fue distanciando de todos aquellos que estimaban que los únicos conocimientos válidos son los que aportan la ciencia y negaban un espacio para la reflexión sobre las cuestiones últimas. En una segunda parte, se presentan las distintas críticas de Unamuno a los científicos, analizando diversos escritos de la época 1902 a 1911. En este periodo, Don Miguel distingue la verdadera ciencia, a la que admira, de la «semiciencia» de los científicos que no toleran que se quiera acceder al templo de la sabiduría por otras puertas. Unamuno diferencia la intelectualidad de la espiritualidad y cuestiona el reduccionismo del hombre de ciencia que califica de ilusiones a las esperanzas trascendentes.

PALABRAS CLAVE: cientificismo, ciencia, intolerancia, intelectualidad, espiritualidad.

The criticism of Miguel de Unamuno to Scientism

ABSTRACT: This article describes and analyzes the critique of scientism according to the spanish philosopher Unamuno. Scientism was considered a kind of idolatry. We expose first Intellectual and vital evolution of Unamuno, who in his youth was positivist and defended the need to apply rigorous scientific methods to advance knowledge. After the crisis of 1897, Don Miguel was distancing himself from those who felt that the only valid knowledge was contributing to science and denied a space for reflection on the past issues. A second part of this article presents the various criticisms of Unamuno to the scientific view of his time analyzing various writings of the period 1902-1911. During this period, Don Miguel distinguishes between true science, which admires from the «pseudoscience» of the intolerant scientism which deny the access to the temple of wisdom for other doors. Unamuno distinguishes intellectuality and spirituality challenges. Unamuno discusses the reductionism of scientism which do not accept the way of scientists open for the metaphysical questions.

KEY WORDS: scientism, science, intolerance, intellectuality, spirituality.

«Hay en los cielos y en la tierra, Horacio, más que lo que sueña tu filosofía» (*Hamlet*, acto I, escena V).

INTRODUCCIÓN

La crítica de Unamuno al cientificismo ha de situarse en el ambiente del final del siglo XIX y comienzos del XX. Durante ese periodo, un conjunto de personalidades destacables, como Ramón y Cajal y Giner de los Ríos, contribuyeron al fomento de una actividad científica rigurosa e innovadora¹. Miguel de Unamuno también apoyó las nuevas ideas científicas de su época, como las teorías evolucionistas, que estaban dejando huella en todas las ciencias, también «en las históricas, políticas y morales»². Calificó a Darwin como «uno de los hombres más grandes que el género huma-

¹ Cf. el estudio de ARIAS, F. J., sobre: «Unamuno y la psicología científica española», en C. FLÓREZ (coord.), *Tu mano es mi destino*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2000, p. 31.

² La presencia del pensamiento evolucionista en Unamuno se puede comprobar en un escrito de 1894 «La enseñanza del latín en España» donde afirma: «El principio de la unidad y la doctrina de la evolución son hoy las ideas madre de la ciencia» (Cf. PARIS, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, Anthropos, 1989, p. 79). Thomas F. Glick afirma que es difícil de analizar la postura de Unamuno ante el darwinismo, la evolución y la ciencia en general (*Darwin en España*, Valencia: Publicaciones de la Universitat de València, 2010). Cf. JUARISTI, J., *Miguel de Unamuno*, Madrid: Taurus, 2012, p. 323. En su discurso en la Universidad de Valencia, el 22 de febrero de 1909, con motivo del centenario del nacimiento de Darwin, don Miguel calificó al siglo XIX como el siglo del evolucionismo y alabó a Darwin por: «la nobleza de su corazón, por su mente excepcional y por su vida ejemplar». *Op. cit.*, IX, Madrid: Escelicer, 1971, pp. 252-267.

no ha producido», admiró a Ramón y Cajal³ y mantuvo correspondencia con algunos de los principales científicos españoles de su tiempo, e incluso en alguno de ellos, como Ramón Turró, encontró un apoyo científico a sus propias tesis filosóficas.

Al tiempo, durante aquella época ciertos intelectuales deslumbrados por los avances de las ciencias naturales, creyeron poder reducir todos los problemas a cuestiones biológicas o sociológicas. En ello influyó el auge del positivismo de Comte y también el de Spencer, que consideraba la evolución natural como clave de toda la realidad biológica y social⁴. La tesis del progreso indefinido por medio de la ciencia y la técnica dio lugar a verdaderas exageraciones; de ahí que otros autores reaccionaran ante reduccionismo excluyente de cualquier otra forma de conocimiento. Entre ellos, se incluía a Unamuno que denunció los riesgos de una actitud científica que excluye o se cierra a cualquier otro tipo de saber. Dicho de otro modo, que «los únicos conocimientos válidos son los que se adquieren mediante las ciencias positivas»⁵. Esto es lo que don Miguel entendió por cientificismo, que cuestionó por entender que era una especie de idolatría penetrada de dogmatismo e intolerancia. A partir de determinado momento, su crítica está presente en su obra de un modo transversal, pues Unamuno no quiso renunciar a plantearse el para qué de las cosas, su finalidad y sentido, ni quiso prescindir de una filosofía que busca formarse una concepción unitaria del mundo y de la vida y cuenta para ello con el sentimiento y la voluntad⁶.

Sin embargo, el joven Unamuno había admirado el positivismo y su evolución vital e intelectual en este punto es destacable. Se comprueba así y como él mismo advirtió que: «la íntima biografía de los filósofos»⁷ nos explica muchas cosas.

1. TRAYECTORIA VITAL E INTELECTUAL

Unamuno fue un gran admirador de la ciencia y del progreso en su juventud, pero la crisis espiritual que sufrió en el año 1897, que no fue la primera ni la última, marcó un antes y un después con respecto al tema, y le hizo muy sensible a los peligros de un reduccionismo científico que no deja espacio para las cuestiones últimas. Quisiera detenerme seguidamente en ese antes y después de esa crisis, llegando aproximadamente hasta el año 1914, fecha en la que Don Miguel fue destituido como Rector de la Universidad de Salamanca.

En años anteriores a 1897, Unamuno había proclamado que el renacimiento de España sólo sería posible si se exigía a las nuevas generaciones el esfuerzo necesario para alcanzar los niveles más altos en todas las ramas de saber. A lo largo de sus años de estudiante en la Universidad de Madrid, don Miguel se había sentido muy lejos de la Metafísica de algunos de sus profesores, a los que calificaba de «espíritu fosilizado en la más vacua escolástica tomista»⁸. De los veinte a los veintiséis años, leyó de una manera «devoradora» y esas lecturas formaron el terraplén en que se iba elevando, poco a poco, su saber⁹. Leía los libros de Kant y de Hegel y admiraba el positi-

³ Unamuno admiró a Ramón y Cajal, al que calificó como: «maestro de energía y de entusiasmo, uno de nuestros más grandes sanos patriotas que ha contribuido a crear un medio intelectual científico en España y que como español, necesitó para hacerse apreciar en su valor de mucho más esfuerzo que otro» («De los recuerdos de la vida de Cajal», *Obras Completas*, III, Madrid: Editorial Escelicer, 1968, p. 1.186).

⁴ Spencer, que tomó de Comte las nociones sociológicas de estructura y función, fue uno de los principales divulgadores del darwinismo social. Incorporó la idea de Lamarck de la adaptación al medio, y consideró que la sociedad es también un organismo que evoluciona hacia formas más complejas, de acuerdo con el principio de lucha por la vida y sobrevivencia del más fuerte. Cf. JUARISTI, J., *Unamuno*, Madrid: Taurus, 2012, p. 149.

⁵ Esta es una de las definiciones del término «cientificismo» que figura en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*.

⁶ Cf. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, cap. 1.

⁷ Cf. *Del sentimiento trágico de la vida y de los pueblos*, cap. I.

⁸ Ortí y Lara en especial.

⁹ Cf. carta a Bernardo G. de Candamo, 2 de marzo de 1903, UNAMUNO, M. DE, *Epistolario inédito I (1894-1914)*, edición de Laureano Robles, Madrid: Espasa-Calpe, Colección Austral, 1991, p. 125.

vismo de Spencer, que le dominó durante unos años y algunas de cuyas obras tradujo al español en 1896¹⁰.

Como era habitual en la época, Unamuno entendía la ciencia en un sentido amplio: no sólo incluía la matemática, física, química y biología, sino también a las ciencias sociales y humanas, como por ejemplo la filología, la materia de su Cátedra. Su tesis doctoral dedicada a la lengua vasca, mezcla de etnografía y de lingüística evolutiva, acusaba la huella del positivismo intelectualista en el que se había formado. Defendía que era preciso abordar técnicamente la cuestión del vascuence y cuestionaba las leyendas sobre los orígenes e historia del pueblo vasco. Combatía lo que llamaba la «mitomanía vasca»¹¹, incorporando teorías antropológicas, filológicas y lingüísticas de Humbolt y Schleicher. En su artículo «Sobre el cultivo del vascuence» también defendió el estudio científico y especializado de la lengua y el gran valor de los «intereses meramente científicos y de orden especulativo», pues son los que «abren los horizontes de un refugio de calma y serenidad entre las turbulencias provocadas por las pasiones prácticas»¹². Durante la década de 1880 a 1890, Unamuno escribió sucesivamente como fuerista, federalista y socialista, y gradualmente se fue distanciando del localismo de su primera juventud¹³.

En 1895 aparecieron sus *Ensayos sobre el casticismo* y la etapa de 1886 a 1896 es calificada de «racionalismo humanista»¹⁴. Su positivismo más extremo se fecha entre los años 1886 y 1890, y la época de su socialismo que él llama «científico, limpio y puro»¹⁵ se sitúa antes, del 1884 al 1886. Unamuno defendía la necesidad de investigar seriamente los procesos económicos y el régimen industrial, pues para solucionar determinados problemas era preciso contar con datos concretos, cifras y tecnicismos¹⁶. Blanco Aguinaga ha señalado una doble motivación en ese tránsito de don Miguel al socialismo: su entusiasmo por la ciencia y su insistencia en tomar conciencia de la realidad de los problemas sociales, desde el punto de vista de la economía política y de un enfoque histórico¹⁷; Pedro Cerezo añade el papel que desempeña el factor ético-religioso; por un lado el progresivo ahondamiento del humanismo moderno, y, del otro, el conocimiento de la dinámica evolutiva de la sociedad industrial aportado por la obra de Spencer.

Además, don Miguel se alineaba con la filosofía científica dominante en su tiempo, un monismo evolutivo y reflejaba el malestar de la cultura en un tiempo de crisis, donde la imagen tradicional del mundo se había vuelto problemática y chocaba con otra innovadora que aún no se había consolidado¹⁸. En sus *Cuadernos* de aquella época apuntaba: «Yo no soy materialista, yo tampoco soy espiritualista, porque ni sé lo qué es la materia, ni lo qué es el espíritu, pero no soy dualista y creo que basta una sola fuerza para explicar toda clase de fenómenos» (*Cuaderno XV*, 36-37). Declaraba insoluble la cuestión sobre la constitución última de la realidad: «Todas las supuestas razones a favor de la espiritualidad del alma son pretextos. La razón verdadera de tal doctrina es el deseo de una vida mejor»¹⁹.

¹⁰ En realidad, como reconocerá más tarde, se creía enamorado de la ciencia, pues echaba en falta algo en ella. *Sobre la europeización*, 1911, *op. cit.*, III, 1968, p. 926. Las obras de Spencer que tradujo fueron: *El Organismo social*; *El progreso*, y *De las leyes en general* de Spencer. También tradujo a Humbolt.

¹¹ Precisamente, fue acusado por ciertos fueristas de ejercer una ciencia fría y de emplear sus conocimientos filológicos contra los lazos emocionales promovidos por el fuerismo. Cf. ROBERTS, S. G. H., *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual moderno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2007, pp. 46-51.

¹² *Op. cit.*, IV, pp. 189. Cf. Roberts, S.G. H., p. 52.

¹³ Si en un comienzo, escribía artículos en búsqueda de un sentimiento de arraigo local, después se interesó sobre todo por los temas de justicia social asociando el socialismo internacional con la integración, y el fuerismo regional con la diferenciación. ROBERTS, S.G. H., p. 146.

¹⁴ CEREZO, P., *Los máscaras de lo trágico en Miguel de Unamuno*, Madrid: Trotta, 1996, p. 131.

¹⁵ Defendía que la mayor aplicación de las ciencias a la vida, sólo era posible en una organización socialista en la que el interés supremo intensificara la producción y ahorrara trabajo. Cf. «Progreso maquinista», en *La lucha de clases*, 20 de junio de 1896, *op. cit.* IX, p. 619.

¹⁶ UNAMUNO, M. DE, «Mr. Hoamis», en *Lucha de clases*, Bilbao, 11 de enero de 1896, *op. cit.*, IX, p. 566.

¹⁷ Cf. Pedro Cerezo que también indica que Gómez Molleda precisa que el «marxismo no ortodoxo de Unamuno fue consustancial al socialismo de don Miguel desde su mismo origen» (pp. 200-201).

¹⁸ PEDRO CEREZO, p. 115.

¹⁹ *Ibidem*.

En 1886, preparando sus oposiciones a Cátedra, Unamuno comenzó a escribir su *Filosofía Lógica*, obra calificada como hegeliano-positivista, en sintonía con el krausismo presente en círculos intelectuales progresistas del país²⁰. Inicialmente pensó en publicarla, cosa que finalmente no hará.

A comienzos de 1897, Don Miguel reivindicaba las utopías, la sal de la vida del espíritu²¹ y proponía vivir intensamente la fe en el ideal, un ideal repleto de sinceridad, de tolerancia, y de misericordia. Anhelaba sinceridad para descubrir el ideal y oponerlo a la realidad, tolerancia hacia las diversas creencias que dentro de la común esperanza caben, y misericordia hacia las víctimas del pasado y presente²².

La Crisis del 97 marcó un antes y un después en su trayectoria intelectual y personal y tuvo una significación decisiva en su pensamiento. Después de esta crisis, Spencer le resultará plano y «mecánico», y frente Hegel, prototipo del racionalista que hizo célebre su aforismo de que «todo lo racional es real», pensará que la razón construye sobre irracionalidades²³.

En la carta a su amigo Rafael Altamira, de 21 de octubre de 1897²⁴, Unamuno narró su vivencia de esta crisis, que no fue la única²⁵, pero sí de las más intensas. A fines de marzo de 1897, cuando no pensaba en otra cosa más que en proyectos literarios y en lo que reconoce como «otras vanidades por el estilo», peregrinando a la vez por «el desierto del intelectualismo», entonces cayó sin saber porqué en un estado de angustia y profunda inquietud: le perseguía la obsesión del aniquilamiento de la conciencia. Buscó alivio y calma en la vuelta a los hábitos de su niñez, en la fe de su infancia y en la resurrección de su alma de niño que dio a conocer en su Discurso *Nicodemo el fariseo*, en el Ateneo de Madrid.

Confesaba a Rafael Altamira: «yo, que he repetido tanto la blasfemia de que la verdad no se hizo para consolar al hombre, voy entrando en que el consuelo tiene que ser verdad, y después de haberlo hecho todo polvo, con mi razón pura, siento que la razón práctica se me despierta»²⁶. En su escrito *El mal del siglo* constataba también el fracaso del intelectualismo, entendido como la reducción del espíritu a la mera inteligencia analítica que todo lo disuelve.

En 1900 publicó sus *Tres Ensayos* y el hombre que antes había suscrito ¡*Arriba!* exclamaba: ¡*Adentro!* El espíritu de este escrito de tono agustiniano²⁷ era una invitación a buscar dentro de sí, a cultivar la interioridad creadora. También como Pascal, consideraba que la verdad es algo más hondo que tener razón y más íntimo que la mera concordancia lógica de dos conceptos o congruencia entre ideas. En definitiva, los *Tres ensayos* defendían la verdad existencial y poética: la verdad que es amor y vida en la realidad de los espíritus. Animaba a pensar con todo el cuerpo y con los sentimientos y a no racionalizar la ética, sino obedecer a la conciencia.

Con los años, Unamuno acentuará la lucha entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la lógica por una parte, y la religión y la vida por otra. Vivirá este conflicto de modo tan apasionado, como desgarrado y proyectó escribir un libro titulado: *Ciencia y Religión o Razón y fe*²⁸, sobre el que había

²⁰ PEDRO CEREZO, p. 153.

²¹ Carta de Unamuno a Ganivet, enero de 1897. *op. cit.*, III, p. 647.

²² *Ibidem.*, p. 655.

²³ *Del sentimiento trágico de la vida, en los hombres y en los pueblos*, Madrid: Alianza Editorial, 1986, cap. 1, p. 21; *op. cit.*, VII, p. 174.

²⁴ Carta a Rafael Altamira de 21 octubre de 1897. UNAMUNO, M. DE, *Epistolario inédito I (1894-1914)*, Madrid: Edición de Laureano Robles. Espasa-Calpe, 1991, p. 51.

²⁵ En una carta a Juan Zorrilla de 13 de abril de 1909, confiesa que lo costaría trabajo contar su crisis religiosa de los veinte años. UNAMUNO, M. DE, *Epistolario inédito*, I, Madrid: Edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Colección Austral, p. 258.

²⁶ *Epistolario inédito*, I, p. 52.

²⁷ El ensayo comienza con la cita de San Agustín: «In interiore homine habitat veritas».

²⁸ En una carta a Bernardo G. de Candamo de 5 de marzo de 1902, precisa: «La filosofía es una matemática, la religión, una intuición. Sobre esto, y desarrollando este punto de vista, proyecto escribir un libro titulado, o bien *Ciencia y Religión*, o bien *Razón y fe*. En ella asentará la contradicción íntima e irreductible como principio de vida fecundo de vida espiritual...». «... No quiero buscar mi paz interior en armonías, concordancias y compromisos que llevan a la estabilidad inerte; no quiero que firmen paz mi corazón y mi cabeza, sino que luchan entre sí, lealmente, pero con vigor. Soy y quiero seguir siendo un espíritu antinómico, dualista. Conviene que adentremos la lucha para vivir en paz con los demás, pues sólo batallando con nosotros mismos seremos tolerantes», *Epistolario inédito*, I, p. 113.

acumulado abundantes notas y en el que opondría lo lógico-racional con lo intuitivo emocional; el tiempo, el espacio y la lógica, a la eternidad, la infinitud y la intuición²⁹.

Se comprueba un cambio de dirección notable: del intelectualismo al *cordialismo*. Ahora Unamuno, en ciertos temas, sigue el *ordo amoris* que cuenta con el valor existencial de las ideas y el espíritu de finura. Como Pascal, distingue la ciencia de la sabiduría, de aquello que se descubre con los ojos y oídos del corazón³⁰. Entiende que verdad es también aquello que puede dar una razón para vivir y que una cosa es la intelectualidad y otra la espiritualidad, como reza el escrito de marzo de 1904: *Intelectualidad y espiritualidad*.

Unamuno ponía su alma al desnudo y se prodigaba, tanto en las cartas a sus amigos, como en sus discursos y escritos. Iba tomando cuerpo su misión como escritor e intelectual: mejor poner vinagre en las heridas, que adormecer con canciones de cuna. Su propósito era: «sacudir los espíritus, abrir la fuente de las hondas inquietudes, hacer pensar de dónde venimos a donde vamos y hacer pensar en el ideal que nos mueve e incluso poner el ideal de la vida más allá de la vida misma»³¹. Lejos de lo que calificaba como «avaricia espiritual», quería dar a conocer al hombre volitivo y afectivo que había tras el intelectual que se veía en él; vivir a toda luz, sin ocultar su modo de pensar, ni aún sus giros ni evoluciones espirituales. Pensaba que una de las mayores causas de la hipocresía reinante estaba en la necesidad de aparecer siempre consecuente ante los demás. En este sentido, se declaraba anarquista, porque no quería esclavizar su yo al del pasado³² y ser prisionero de la idea que los demás tenían de él. Desde hacía años, en su correspondencia insistía: hay que buscar la verdad, la veracidad siempre, siempre decir lo que se siente³³.

Al tiempo, sabía que con ello se exponía a una crítica devastadora y que podía ser atacado y ridiculizado. Así fue, poco ortodoxo para unos y para otros preocupado en exceso por lo religioso, Unamuno experimentó la incompreensión de sus contemporáneos desde varios frentes. Aún con todo, quería influir positivamente en el sentimiento religioso español, al descubrir «el propio nuestro», el más profundo y auténtico: «el de nuestras entrañas»³⁴, aquello que proporciona un sentido integral a la vida. Su puesto como rector de la Universidad de Salamanca, le proporcionaba un prestigio y una autoridad que no quería desaprovechar. Deseaba echar semilla y procurar que germinara, así es como entendía su misión de educador del pueblo, no en dar recetas y soluciones mágicas y rápidas.

Por aquellas fechas acumulaba notas para varios libros, entre otros, uno que pensaba titular *Erostratismo*, la búsqueda de la fama a cualquier precio, un triste sucedáneo del inmortal anhelo de inmortalidad, y otro libro humorístico, el de la ciencia de las pajaritas de papel, lo que llamaba la *Cocotología*; en el fondo un pretexto para abordar mil cuestiones. Ahí describía la historia de la ciencia de las pajaritas y el lugar que ocupaba entre las demás ciencias, su división, anatomía, en definitiva el origen y el fin de la pajarita de papel. Con ello presentaba una parodia de algunos tratados científicos al uso que se perdían en clasificaciones. El humorismo, la caricatura y la creación literaria comenzaban a perfilarse como otro modo de ejercer la crítica al cientificista.

Como en algunas de las novelas de Flaubert al que citaba³⁵, Unamuno condenaba el progresismo y la veneración excesiva a la ciencia mediante el retrato de diversos personajes que caen en el ridículo. En 1902 publicó *Amor y pedagogía*, obra central en su evolución, donde incluyó como Apéndice su «Tratado sobre la Cocotología». Con ello, Unamuno pretendía ridiculizar los errores de la

²⁹ Cf. carta a Timoteo Orbe, 18 de febrero de 1902, *Epistolario inédito* I, p. 111.

³⁰ En un escrito de 1923: «Los oídos del corazón», Unamuno se pregunta si el corazón, en su recogimiento, ve u oye, y que: «apagar el pensamiento no es dejarle a oscuras sino que es acallarle, dejarle en silencio, y que si la cabeza descansa sin la luz de la razón, el corazón vela cuando oye la voz de la conciencia». *Caras y caretas*, Buenos Aires: 19 de mayo de 1923, *op. cit.*, VII, 1967, p. 1.472.

³¹ Carta de Unamuno a Guillermo Morris, de 29 de diciembre de 1904, *Epistolario inédito* I, p. 177.

³² «Sinceridad y convicciones», publicado en Almanaque de la *Revista Blanca* 1903, *op. cit.*, IX, p. 835.

³³ Carta a Timoteo Orbe, de 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, p. 97.

³⁴ Desde la época de la redacción de *Los ensayos sobre el casticismo* llevaba pensando en ello, y a partir de 1897 con una intensidad mucho mayor.

³⁵ En especial, la novela *Bouvard et Pécouchet*.

ciencia al pretender moldear y «crear al hombre a su antojo». De un modo esperpéntico³⁶, se retrataba el fracaso a que conducía una educación que ignoraba las exigencias de sentido de la vida. Describía a su protagonista, llamado Avito Carrascal, como alguien que «anda por mecánica, digiere por química y se hace cortar el traje por geometría proyectiva» y que repite continuamente: «sólo la ciencia es maestra de la vida». Su fuerte está en la pedagogía sociológica, una nueva ciencia destinada a fabricar genios y que aplicará estrictamente en la crianza de su hijo, Apolodoro. El resultado del fracaso de este experimento se reflejará en el final trágico de la vida de Apolodoro, que termina suicidándose. Su historia representaba la insuficiencia absoluta del cientificismo³⁷. El relato de Unamuno era una sátira corrosiva del positivismo y los excesos de los estrictos métodos pedagógicos mecánicos que cuando se aplican ciegamente, crean un mundo deforme, trágico y cómico a la vez. No conducen a la vida y al progreso soñado, sino a la destrucción del ser humano. Ahora para Unamuno el progreso científico técnico y el humanismo secular son impotentes para llenar el vacío de sentido que consume la vida, cuando ésta ha perdido una finalidad que trascienda la muerte.

Durante esos años, don Miguel se prodigaba también en discursos que llamaba «Sermones laicos»³⁸, porque quería que «el público dejara de serlo», que reflexionara por sí mismo. Pensaba que esa era la labor que en España le estaba encomendada, pues veía un doble fin en la ciencia y en la instrucción: de un lado, mejorar el bienestar económico, hacer más llevadera la vida; y de otro lado, elevar el espíritu, buscar un ideal y un motivo para vivir. Esta es la misión a la que se entregará. Comprobaba que las críticas que se realizaban al cristianismo desde determinados ambientes científicos, revelaban un profundo desconocimiento de su esencia y ridiculizaban lo religioso³⁹. Le indignaba: «ese cúmulo de ineptias que contra el cristianismo profundamente ignorado se lanzan. Que es el desprecio del cuerpo, que ensombrece la vida, etc.»⁴⁰. Pensaba que lo que se odiaba del cristianismo era pagano, pues lo cristiano es la confianza en la vida⁴¹.

En una carta de 1902⁴², lamentaba la ignorancia de la religión por parte de algunos científicos. A ese tipo de gentes de ciencia, dice Unamuno, habría que decirles con Hamlet aquello de: «Hay muchas cosas que ignora tu filosofía». Ellos sólo se atienen a la voz de la razón y no oyen la voz del corazón. Unamuno, por su parte, sentía cada vez más respeto por el mundo del misterio y no quería concertar ciencia y religión, sino que se corrigieran mutuamente.

Los años siguientes serán extraordinariamente difíciles para don Miguel. Muere su hijo Raimundo, se producen unos altercados entre los estudiantes y la policía que cuesta la vida a dos estudiantes, se busca una condena eclesíástica de sus escritos... Agotado ante el clima de intransigencia que se respira, Unamuno incluso piensa en instalarse en Argentina y en 1903 dirige un escrito a la juventud hispana, titulado *Mi confesión*⁴³, inédito hasta su publicación en 2011, y anticipo *Del sentimiento trágico de la vida* que editará años más tarde.

En el apartado «Verdad y vida»⁴⁴ de *Mi confesión* considera que la ciencia es escuela de humildad, de templanza, tolerancia, prudencia, justicia y fortaleza; incluso es fuente de consuelo, pero

³⁶ Avito Carrascal, el protagonista, es un entusiasta del progreso y de la pedagogía sociológica y decide casarse deductivamente con Leoncia, elegida a la luz de la fisiología y sociología, para así poder procrear un genio. Pero atraído por los ojos de su amiga, Marina, se casa finalmente con ella «inductivamente». Apolodoro, el hijo de ambos, será criado por los dictados de la ciencia, pero la madre, a espaldas de Avito, sigue la intuición de su corazón de madre. La educación del hijo sufre el enfrentamiento de dos modelos imposibles de conciliar.

³⁷ Cf. UNAMUNO, M.^a C. DE, «Unamuno lector de Flaubert: la tontería humana», en *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra III*, ANA CHAGUACEDA (ed.), Salamanca: Universidad de Salamanca, 2008, p. 75.

³⁸ Carta a Candamo de 13 de diciembre de 1901, *Epistolario inédito*, I, p. 106.

³⁹ Unamuno en esta época consideraba a la religión como la forma suprema de la cultura.

⁴⁰ Carta a Timoteo Orbe de 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, I, p. 100.

⁴¹ Carta a Amadeo Vives de 5 de marzo de 1905, *Epistolario inédito*, I, p. 188.

⁴² Carta a Bernardo G. de Candamo, 5 de marzo de 1902. En esta carta, Unamuno también expresa su juicio sobre el libro de Haeckel: *Los enigmas del Universo* que considera como una vulgarización enorme en la parte científica y una gran tosquedad en la parte filosófica, *Epistolario inédito*, I, p. 111.

⁴³ UNAMUNO, M. DE, *Mi confesión*, edición de ALICIA VILLAR, Salamanca: Sigüeme/Universidad Pontificia Comillas, 2011.

⁴⁴ Título primero a este apartado «La Ciencia», luego lo tachó.

precisa: «Mas esto cuando sabe servir al hecho, doblar a su yugo la cerviz para domeñarlo mejor luego, hacerse siervo de él para llegar a ser su dueño». Nos dice: «... El hecho, sí, pero no el que los que por un exceso de análisis, los hechólogos (*sic*), acaban por darnos polvo de hechos y los destruyen...»⁴⁵.

Unamuno se rebela aquí contra los que considera sacerdotes de la sacrosanta Ciencia, aquéllos que la han erigido en ídolo y difunden la «superstición científicista»⁴⁶. A la altura de 1904 se comprueba que ya están sentadas las bases de una visión trágica de la existencia que requiere, entre otras cosas, distinguir la intelectualidad de la espiritualidad, pues la inteligencia no ve sino causas eficientes, pero el espíritu y la voluntad anhelan las causas finales⁴⁷.

Me centraré ahora en un escrito de esos años: *Intelectualidad y espiritualidad* (1904)⁴⁸ que a mi juicio explicita el trasfondo de su crítica al intelectualismo y a cualquier reduccionismo tema que abordará también en *El pórtico del templo*.

Intelectualidad, espiritualidad y sabiduría

En el artículo *Intelectualidad y espiritualidad*, Unamuno reflexionó sobre la dimensión corporal, psíquica y espiritual del ser humano y su significación, a la luz de la primera epístola de san Pablo a los Corintios⁴⁹. Distingue tres tipos de personas: los carnales o materiales, los intelectuales y los espirituales.

Encabeza el escrito las palabras de espiritual Hamlet al intelectual Horacio, ya citadas en la carta de 1902: «Hay en los cielos y en la tierra, Horacio, más que lo que sueña tu filosofía». A ellos hay que recordarles los diferentes órdenes de realidad y perspectivas: sensible, inteligible y espiritual. Para Unamuno, los carnales o los materiales son los brutos, los absolutamente incultos, los que están reducidos a una vida casi animal. Los hombres psíquicos⁵⁰ son los intelectuales, los hombres de sentido común y de lógica, que encadenan las ideas por las asociaciones que el mundo exterior y visible les sugiere, son los hombres razonables que aprenden su oficio y lo ejercen. Esos hombres psíquicos navegan por la corriente central, se dice de ellos que tienen «un juicio recto y un criterio claro» y no creen «en supercherías que no estén consagradas por la tradición y el hábito...».

⁴⁵ El texto completo es el siguiente: «He dicho que el hecho es más humilde, y me desdigo. No me atrevo a fijar categorías en los hechos, ni ver en ellos más que su aparecer y sus persistir. Lo grande del hecho es su aparición ante nosotros, su entrada en nuestra conciencia, aunque luego se hunda en ella y baje a sus sótanos oscuros. Un nuevo hecho, nuevo para nosotros, es, por menudo que sea, mil veces más importante que un gran hecho viejo; la unidad que se adquiere enriquece más que todo el inmenso caudal que se posea. Ir a la rebusca de un hecho nuevo, de un pobrecito hecho, un hechillo humilde es doblar la cerviz a la gran maestra: la realidad. La ciencia suele ser la más abonada escuela de humildad, de sencillez, de desprendimiento. "No como yo quiero, Realidad, sino como tú quieres?"». UNAMUNO, M. DE, *Mi confesión*, ALICIA VILLAR (ed.), 2011, p. 55.

⁴⁶ *Mi confesión*, p. 57.

⁴⁷ En la carta a Luis de Zulueta de 27 de noviembre de 1903, Unamuno afirma que busca: «un fondo histórico concreto, una tradición humana depurada..., la esencia permanente de la tradición, y para nosotros formados en una sociedad cristiana, esa tradición es cristiana. Aunque nos empeñemos, no llegamos a concebir un ideal trascendente de vida sino en formas cristianas...».

... La ascesis y el monacato son paganos... Lo evangélico, lo primitivo, lo genuinamente cristiano, es anti-intelectual, antimístico...activo, alegre, sencillo, intuitivo, revolucionario...».

«... Obra como si el Universo tuviese un fin y contribuirá a la existencia de un fin. La inteligencia no ve sino causas eficientes; la voluntad crea causas finales...El que tiene experiencia de Dios, y tener experiencia de Dios es crearse por fe una finalidad humana trascendente, no necesita que se lo demuestren; la lógica está de más...», UNAMUNO, M. DE, y ZULUETA, L. DE, *Cartas 1903-1933*, Madrid: Aguilar, pp. 44-46.

⁴⁸ «Intelectualidad y espiritualidad», *La España Moderna* 183, marzo 1904, año XVI, *op. cit.*, I, pp. 1.137-1.148. «Los naturales y los espirituales», *La España Moderna* 193, enero 1905, año XVII, *op. cit.*, I, pp. 1.215-1.226.

⁴⁹ Final del capítulo II y comienzo del III, y capítulo VII de la Epístola a los Romanos.

⁵⁰ Unamuno precisa al respecto que en la psique vio la potencia intelectual ligada a las necesidades de la vida terrenal, la esclava de la lógica educada y adiestrada en las luchas por la vida, el conocimiento corriente necesario para poder vivir, conocimiento que se desarrolla en la ciencia.

El psíquico se interesa por temas de cultura y de ciencia; y en el caso del psíquico español «clama por la regeneración patria y admira el teléfono, lee a Flammarion, a Haeckel, a Ribot» y se queda extasiado al paso de la locomotora. Desde el punto de vista religioso es católico ortodoxo y admira la genialidad de santo Tomás, aunque no lo haya leído. En definitiva, el psíquico es un intelectual, «de intelecto grande o pequeño, pero intelectual al fin y al cabo». Enseña conocimientos que tiene almacenados en su intelecto, pero su ciencia, hasta en sus más elevadas hipótesis, es una doctrina fría.

Por último, vienen los espirituales: «los soñadores, a los que se llama con desdén místicos, palabra que se escupe como un insulto o reproche, los que no toleran la tiranía de la ciencia ni de la lógica, los que creen que hay otro mundo dentro del nuestro y dormidas potencias misteriosas en el seno de nuestro espíritu. Los que discurren con el corazón...»⁵¹. Espirituales han sido los más grandes poetas que enseñan lo que son, su propia alma, su personalidad.

En el problema religioso ve Unamuno la principal piedra de toque para distinguir a los intelectuales de los espirituales. Los intelectuales llaman locura a lo que no pueden entender, pero en realidad hay cosas que no entienden porque deben ser juzgadas espiritualmente y no intelectualmente. El intelectual es el hombre del término medio, a igual distancia de la enorme masa de la carnalidad y de la escasísima porción de la espiritualidad consciente, porque la otra, dice Unamuno, la espiritualidad inconsciente y potencial dormita en todos, y puede que sea más vivaz en los carnales que en los intelectuales.

Por lo que se refiere a la religión, encuentra divididos a los intelectuales en dos grandes grupos, el de los creyentes y el de los incrédulos. En España Unamuno, distingue a los intelectuales católicos y los intelectuales no católicos, que de hecho resultan anticatólicos. Estos dos bandos luchan en el mismo plano de la intelectualidad, y al que les dirige la voz desde abajo, desde el suelo de la carnalidad, o desde arriba, desde el suelo de la espiritualidad, le califican de bruto o de loco. Unos buscan pruebas lógicas y otros rebaten estas pruebas. Se pregunta: ¿con qué derecho juzgan de cosas de espíritu los que lo tienen enterrado bajo el intelecto? En realidad, «no cabe lucha entre un pez que no sabe de las honduras del mar y un ave que no baja de las alturas del cielo». En su escrito *Los naturales y los espirituales*, don Miguel advierte que antes se entienden los espirituales con los naturales que no con los intelectuales, pues nada más cerca de la naturalidad que la espiritualidad⁵², tema que reavivará en *San Manuel Bueno, mártir*.

En 1905, después de su *Vida sobre don Quijote y Sancho*, donde reivindicará la lucha por el ideal, el heroísmo contra una sociedad vacía, Unamuno comenzará su *Tratado del amor de Dios*. Con ello, pasados los cuarenta años, se siente en una nueva primavera, como un chiquillo, según confiesa en sus cartas al joven Ortega y Gasset de 1906⁵³. Le cuenta que no le interesa «nada de lo que interesa a la generalidad; y no les interesa a ellos nada de los que a mí me interesa...». Más adelante, añade: «... la ciencia sirve de un lado para facilitar la vida con sus aplicaciones y de otro de puerta para la sabiduría. ¿Y no hay otras puertas? ¿No tenemos nosotros otras?»⁵⁴.

En una carta a su amigo Federico de Onís de mayo de 1906, confiesa que anticipa la incompreensión de los intelectualistas ante sus escritos, pero que se refugia a ratos en su *Tratado del amor a Dios*, recreándose ante la hostilidad con el que será recibido por los intolerantes que se ponen fre-

⁵¹ *Intelectualidad y espiritualidad*, op. cit., I, p. 1.143.

⁵² UNAMUNO, M. DE, *Los naturales y los espirituales*, enero de 1905, op. cit., I, p. 1.217.

⁵³ *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, carta de 17 de mayo de 1906, Edición de Laureano Robles, Madrid: Ediciones El Arquero, 1987, p. 38.

⁵⁴ Carta de Unamuno a Ortega y Gasset, 30 de mayo de 1906: «... Cada día me importan menos las ideas y las cosas, cada día me importan más los sentimientos y los hombres. No me importa lo que usted me dice, me importa usted...».

«... Ahora además de mi *Tratado sobre el amor a Dios*, hago versos. En lo que va de año he escrito de ellos más que en todo el resto de mi vida. Estoy hecho un chiquillo; en nueva primavera». Estas son sus preocupaciones cuando le envía a Ortega un artículo sobre «Ciencia y sabiduría» que no se ha localizado. *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, edición de Laureano Robles, carta de Unamuno a Ortega y Gasset de 17 de mayo de 1906, pp. 38-39.

néticos cuando se habla de otro mundo y a quienes pone fuera de sí: «el manifestar el simple anhelo de la eternidad y de la conciencia individual»⁵⁵.

En esta obra esencial, sorprendentemente inédita hasta el año 2005, Unamuno también reflexionó sobre la posición científica que se esfuerza por verlo todo desde fuera, cuantitativa y no cualitativamente. Piensa que no es posible reducirlo todo a peso, número y medida, a aritmética y geometría⁵⁶. Las ciencias son necesarias y ofrecen certeza y seguridad, pues todos estamos seguros de que dos y dos hacen cuatro; y sin embargo no sacrificaríamos la vida por mantenerlas⁵⁷. En cambio, muchos están dispuestos a perder su vida por mantener su fe religiosa, que es cosa de la voluntad, de movimiento del ánimo hacia una verdad práctica y hacia algo que nos hace vivir.

La ciencia tiene un enorme valor cuando se constriñe a su objeto propio. Debería ser ante todo una escuela de sinceridad y humildad, pues enseña a someter nuestra razón a la verdad y a conocer y a juzgar las cosas como son, y no «como nosotros queremos que sean»⁵⁸. Enseña a doblegarnos ante el hecho, al aparecer más insignificante, al hecho que nos pasaba inadvertido. Es el «pórtico de la religión»⁵⁹. Unamuno cuestiona al hombre de ciencia que niega valor a las esperanzas trascendentes y las califica de ilusiones⁶⁰. Su renuncia es una especie de suicidio espiritual y en fondo quizá, apunta, se desespera de no poder abrigar esas esperanzas.

En su diálogo *El pórtico del templo* de junio 1906, donde se incluye al comienzo la frase: «¡Qué inventen ellos!», que tanto dio que hablar, se comprueba el empeño de don Miguel por defender la necesidad de un espacio propio para reflexionar sobre las cuestiones últimas.

En ese breve escrito, dos personajes y amigos, Román y Sabino, dialogan sobre la vía para entrar al templo de la sabiduría y quizá representan un diálogo de Unamuno consigo mismo. Convienen Román y Sabino que la ciencia no sólo tiene un valor práctico, sino también ideal y puro, es zaguán para la sabiduría: «por ella nos hacemos un concepto del universo y de nuestro lugar y valor en él. La ciencia es el pórtico de la filosofía»⁶¹. Pero Román se pregunta si acaso el templo de la sabiduría tiene una puerta trasera disimulada por donde se pueda entrar en él sin necesidad de porche alguno. Reconoce que puede costar más trabajo buscar esa puerta que entrar por el zaguán y esperar allí a que se nos abra la puerta maestra, pero observa que lo que para uno es más costoso, para otro es más llevadero y viceversa. Advierte además que, «si nos empeñamos en entrar en el hogar de la sabiduría por el zaguán de la ciencia, corremos el riesgo de quedarnos en éste la vida toda, esperando a que aquél se nos abra»⁶². Román cree que el cultivo de la ciencia es para muchos un narcótico de la vida, y que la puerta trasera del templo no se descubre más que «después que uno se ha lavado bien los ojos con lágrimas que suben a ellos desde el fondo del corazón». Unamuno piensa que todas las grandes obras de sabiduría han sido «hijas de amor verdadero, es decir, doloroso». Por tanto, la idea central del escrito es distinguir las distintas entradas al templo de la sabiduría y cuestionar a aquellos que sólo ven una entrada: la de la ciencia. La misma convicción se expresa en diversos escritos de 1907 a 1909 que se presentan a continuación: *Cientificismo* (junio de 1907), *Escepticismo fanático* (abril de 1908), *Verdad y vida* (marzo de 1908) y *Materialismo popular* (marzo de 1909), donde Unamuno observa que el científicismo intolerante arraigaba precisamente allí donde la ciencia llevaba una vida «lánguida»⁶³.

⁵⁵ Carta de Unamuno a Federico de Onís de 15 de febrero de 1906, *Epistolario inédito*, I.

⁵⁶ Así: «Las ciencias de la vida, biología, tienden a reducirse a ciencias químicas, éstas a física, y la física a su vez a mecánica racional, la que a su vez es una rama de las matemáticas». UNAMUNO, M. DE, *Tratado del amor de Dios*, NELSON ORRINGER (ed.), Madrid: Tecnos, 2005, p. 617.

⁵⁷ *Tratado del amor de Dios*, p. 538.

⁵⁸ Para Unamuno, la ciencia es en cada época la adaptación del pensamiento colectivo, heredado con el lenguaje, a la realidad exterior y un medio de obrar sobre el mundo. Nos da «el conocimiento de relaciones formales para la práctica de nuestra vida formal o exterior». *Tratado del amor de Dios*, p. 620.

⁵⁹ *Tratado del amor de Dios*, III, p. 546.

⁶⁰ *Op. cit.*, p. 619.

⁶¹ *El pórtico del templo*, julio, de 1906, *op. cit.*, III, p. 341.

⁶² *Ibidem*, 341.

⁶³ «Sobre la filosofía española», junio de 1904, *La España Moderna* 186, año XVI, *op. cit.*, I, pp. 1.161. Para Carlos París Unamuno criticó al científicismo desde dentro de la ciencia, no fuera de ella. Cf. PARÍS, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, Barcelona: Anthropos, 1989, p. 80.

2. CIENTIFICISMO

En el artículo titulado *Cientificismo*⁶⁴ Unamuno expresó claramente los peligros de esta corriente de fuerte expansión. Define el cientificismo como la disposición de espíritu creciente, que consiste en tener una fe ciega en la ciencia. Ciega porque esta fe es tanto mayor, cuanto menor es la ciencia de los que la poseen.

Don Miguel encuentra un ejemplo claro de esta actitud en Augusto Comte, un positivista no consecuente, pues tenía una fe teológica y «nada positiva», en el poder de la ciencia y llegó a considerarse sacerdote de la Humanidad. En realidad, tenía alma de teólogo y en el fondo su positivismo era «de lo más teológico que puede darse»⁶⁵. Su fe en la ciencia era una fe teológica y dogmática, nada positiva. También el positivismo de sus secuaces suele ser de carácter teológico, pues idolatran la ciencia positiva como clave de progreso.

Para Unamuno el cientificismo es una enfermedad que afecta a varios sectores. A los pueblos jóvenes, de cultura incipiente o advenediza, donde el pensamiento de Comte ha tenido una gran presencia, como en América del Sur⁶⁶. También es frecuente en los especialistas, como en médicos e ingenieros desprovistos de cultura filosófica⁶⁷. Considera un mal que la ciencia pura se supedita a la ingeniería y en los países en los que así ocurre, se debe a que se juzgan las cosas sólo por sus efectos materiales e inmediatos, esto es por lo que entra por los ojos. Comprueba que ante determinados inventos, como el teléfono y otros aparatos, la gente, el vulgo, se imagina, por ejemplo, que Edison es el más sabio y genial de los físicos existentes e ignoran el nombre de otros que le superan en ciencia⁶⁸. Un mero ingeniero —dice Unamuno en su escrito *Verdad y Vida* (1908)—, es decir un ingeniero sin verdadero espíritu científico, puede ser muy útil para trazar una vía férrea, como lo es un mero abogado para defender un pleito; pero en realidad, ni aquel hará avanzar a la ciencia un paso, ni al mero abogado se le confiaría la reforma de la Constitución de un pueblo. Sólo cuando la cultura es amplia y compleja se comprende el valor práctico de la pura especulación⁶⁹.

El cientificismo también hace presa en la «mesocracia intelectual», la clase media de la cultura o la burguesía del intelectualismo. El cientificista es un «demócrata intelectual»⁷⁰ y se imagina que la jerarquía mental se adquiere por sufragio y que la ley de las mayorías decide la genialidad de un hombre. La base de semejante democracia es la suficiencia impertinente, la soberbia gratuita, tanto mayor cuanto menos tiene un sujeto de qué ensoberbecerse. De esa soberbia gratuita, deriva la íntima satisfacción que experimentan las almas vulgares —y envidiosas—, cuando, por ejemplo alguien dice que los genios o las almas superiores están locos. La envidia de los no geniales, su secreto odio a la superioridad espiritual, les hace acoger con aplauso tal descalificación. Sólo acatan la supuesta superioridad que se han otorgado a sí mismos. En realidad, hay un cierto número de individuos cuyo prestigio y fama se deben al sufragio de estas inteligencias vulgares y poco comprensivas. Son lo que Unamuno llama «celebridades representativas»⁷¹: aquellos que la masa hizo

⁶⁴ Fue editado en *La Nación*, Argentina, en junio de 1907 (*op. cit.*, III, pp. 353-357). Este breve escrito, se inicia a propósito de la lectura por parte de Unamuno de un libro de PAPPINI, G., *El crepúsculo de los filósofos*, donde este autor «embiste contra varios filósofos» Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche, que habían llenado el siglo XIX con sus nombres. A propósito de las críticas de Pappini al positivismo de Comte y Spencer, Unamuno expondrá sus propios puntos de vista sobre el cientificismo. Pappini había llamado a Spencer «mecánico desocupado» y en su autobiografía: *Hombre acabado*, afirmaba haberse cubado del exceso de intelectualismo y del positivismo dominante por aquellos años en Italia.

⁶⁵ *Cientificismo*, *op. cit.*, III, p. 354.

⁶⁶ Recuerda Unamuno que ahí se publica una revista con el título *Orden y progreso* que guarda relación con la admiración sentida por Spencer.

⁶⁷ *Cientificismo*, p. 354.

⁶⁸ Cf. *Verdad y vida*, *La Nación*, 22 de marzo de 1908. *op. cit.*, III, p. 267.

⁶⁹ Añade Unamuno, en *Verdad y Vida*: «... Y saben que cuando Staudt inició la geometría pura esta rama de la ciencia no pasaba de ser una gimnasia mental, hoy se funda en ella mucha parte del cálculo gráfico que puede ser útil hasta para el tendido de cables...», *Ibidem*.

⁷⁰ *Cientificismo*, p. 355.

⁷¹ *Cientificismo*, p. 356.

a su imagen y semejanza. Comte y Spencer son de nuevo ejemplo de estos casos. Ellos fueron ensalzados precisamente por lo peor que hay en ellos y el valor que tienen, lo tienen a pesar de las cualidades que sus seguidores fanáticos han querido atribuirles y no precisamente por ellas.

En resumen, para don Miguel el cientificismo admite muchas formas: desde el culto a la locomotora o al telégrafo, hasta el culto a la astronomía de autores de segunda fila como Flammarion, los mismos ejemplos citados en su escrito *Intelectualidad y espiritualidad*, al hablar de los «psíquicos» e intelectuales. Los que son cientificistas tienen ciertas ventajas, pues no conocen la duda ni la desesperación. En cierto modo, son bienaventurados y es inútil querer disuadirlos, nos dice Unamuno, pues se defienden llamando místicos, teólogos o paradojistas (*sic*) a quienes les asaltan. Los desprecian y los consideran ignorantes, y en ocasiones se compadecen de todos aquellos que no se postran ante la ciencia. El propio Unamuno se sentirá incomprendido y despreciado, incluso tachado de loco, y escribirá varios relatos como *La locura del Doctor Montarco* (1904)⁷², donde describe el rechazo que experimenta un profesional competente, un médico que escribe relatos que sus contemporáneos no entienden.

En resumen, para Unamuno todo esto indica que el cientificismo es la fe no de los verdaderos hombres de ciencia, sino de una burguesía intelectual, ensobrecida y envidiosa y de unos especialistas que carecen de amplia cultura y que se caracterizan por los siguientes rasgos:

- No admiten el valor de aquello que no comprenden, ni conceden ninguna importancia a lo que se les escapa. Apenas sospechan que en torno al islote de la ciencia, se extiende un mar desconocido, ni tampoco advierten que «a medida que ascendemos por la montaña que corona el islote, ese mar crece y se ensancha a nuestros ojos» y que por cada problema resuelto surgen veinte por resolver.
- Sólo reconocen el valor de lo que entra por los ojos, como por ejemplo los efectos del ferrocarril, del teléfono y de las ciencias aplicadas en general. Para ellos, la ciencia es algo misterioso y sagrado, y pronuncian la palabra: CIENCIA todo con mayúsculas y con fervor, aunque sean incapaces de resolver una ecuación de segundo grado⁷³.

En esta clase de cientificistas, en ocasiones también se asocia con la intolerancia, el agnosticismo rabioso ante ciertas cuestiones, la superficialidad de espíritu y el ateísmo dogmático contra el que también reacciona Unamuno y que abordará en los escritos *Escepticismo fanático* y *Materialismo popular*. Estima que la peor intolerancia no siempre es la de los creyentes, que puede tener formas agudas y aparentemente más brutales. También se puede ejercer la intolerancia en nombre de la razón y de la ciencia y sus ortodoxias pueden ser más terribles que las ortodoxias religiosas⁷⁴. Su inquisición es sutil y aunque no mata con fuego y calabozo, destruye lentamente con la burla y el mote de locura, tema que aborda en *La locura del Doctor Montarco*.

Unamuno denuncia la intolerancia de aquellos que no admiten más que un conocimiento científico o una visión materialista y mecanicista del mundo y de la vida y ridiculizan a los que buscan otra entrada para la sabiduría. Son aquellos que han acotado tanto el campo del saber humano que dicen: «fuera de aquí no hay más que confusión y oscuridad» y no consenten que se pueda hablar de otra cosa. Para ciertos temas, son agnósticos severos. Don Miguel confiesa que ha conocido a verdaderos hombres de ciencia, especialistas de reconocido mérito, que ocultaban sus íntimas creencias por temor a caer en el descrédito y hasta en el desprecio de sus compañeros de profesión. Sufrían la imposición de la sequedad espiritual.

En realidad piensa que esa especie de agnosticismo severo que suele degenerar en un escepticismo fanático, que es «a- simpatía», es decir, una incapacidad para ponerse en el caso de otro y de ver las cosas como él las puede ver⁷⁵. El peligro es que esas gentes forman una especie de masonería que arrinconan con el desprecio a los que pasan su vida persiguiendo y ahondando en

⁷² Publicado en *La España Moderna* 182, febrero 1904, año XVI, Madrid, *op. cit.*, I, pp. 1.127-1.137.

⁷³ *Cientificismo*, p. 356.

⁷⁴ *Escepticismo fanático*, p. 359.

⁷⁵ *Escepticismo fanático*, p. 360.

el misterio, a los que llaman místicos. Cuando atacan al cristianismo en nombre de la ciencia, sus argumentos no son científicos, pues a los dogmas del cristianismo ellos oponen otros dogmas.

Don Miguel que comprueba estos rasgos en algunos científicos de su tiempo, además observa su ignorancia de las creencias religiosas. Concluye que no hay que confundir a los científicos con los científicos. Parodiando la famosa frase, sentencia que: «poca ciencia lleva al científicismo y mucha nos aparta de él»⁷⁶. Es la semi-ciencia, que no es más que semi-ignorancia, la causa del científicismo.

Como dirá en *Del sentimiento trágico de la vida*, el positivismo hizo mucho bien y mucho mal. Entre otros males, el de propagar un género de análisis que hace que los hechos se pulvericen con él, ese «polvo de hechos» del que hablaba en el apartado «Verdad y vida» de *Mi confesión*. Don Miguel admiró la ciencia pero buscó algo detrás de ella. A la altura de 1906, reconocía que la ciencia puede acumular de conocimientos y dice como vivir: busca los medios de prolongar, facilitar y hacer llevadera la vida; en cambio la sabiduría dice que hay que morir y busca los medios de prepararnos a bien hacerlo⁷⁷.

En su escrito *La vertical de Le Dantec*⁷⁸(1911), observa que si hay una biología, una fisiología, una geometría y una sociología, hay también una teología, tan ciencia en su propio método como cualquiera. Y dice con otras palabras lo que defendía Pascal: que tan absurdo es que un biólogo mediocre se meta a escribir del ateísmo sin haber «saludado a la teología», como que un teólogo se meta a hablar de la herencia biológica, sin conocimientos del tema.

En *Del sentimiento trágico de la vida*⁷⁹ Unamuno insistirá en que la ciencia y la razón en cuanto sustitutivas de la religión y la fe, han fracasado. La ciencia podrá satisfacer nuestras necesidades mentales y lógicas, pero no nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad. Con esta obra de madurez, en la que volcó la complejidad y profundidad de su pensamiento sentido y su visión de la vida, también reflejó lo que entendía que era la misión de España en la cultura europea contemporánea. Consistiría en obrar como don Quijote y llevar los valores de la búsqueda espiritual y de la creación, a un continente desolado por la «ortodoxia inquisitorial científica»⁸⁰. Don Miguel se distanciaba entonces de aquéllos cuya adoración por la ciencia, les ciega con respecto al genio de la propia nación.

De acuerdo con Pedro Cerezo, el gran acierto de esta obra fue fraguar una visión del alma trágica que puede aproximarse a los análisis de Pascal y Kierkegaard, almas gemelas a la suya. Unamuno profundizó en las diferencias entre el punto de vista de la filosofía y la religión, la búsqueda

⁷⁶ *Científicismo*, p. 356.

⁷⁷ «Sobre la europeización», publicado en *La España Moderna*, diciembre 1906, *op. cit.*, III, p. 927.

⁷⁸ «La vertical de Le Dantec», *La Nación*, 29 de mayo de 1911, *op. cit.*, III, pp. 554-560. Unamuno aborda la vinculación del científicismo con el ateísmo, a propósito de su lectura del libro titulado: *Ateísmo* de un profesor de Biología de La Sorbona, FELIX LE DANTEC, a quien no le faltan admiradores y que declara ser ateo de nacimiento, lo cual considera una especie de determinismo biológico. No le escandaliza a don Miguel el ateísmo de ese autor, que es muy libre y respetable, y que por tanto no aborda, pero sí le interesa su científicismo que no implica ser hombre de ciencia. Unamuno constata que leyendo a este autor se comprueba que en realidad no se tiene idea alguna de lo que los creyentes ilustrados entienden por Dios. Este biólogo en cambio no duda en afirmar cosas como que «la conciencia moral está más desarrollada en las abejas o en las hormigas que entre los hombres, a juzgar, cuando menos, por el orden perfecto de su vida social». Por tanto, Le Dantec se imagina a unos creyentes fantásticos o a pobres aldeanos cándidos e ignorantes y tiene la idea de que para los creyentes orar es la más importante ocupación. Todo ello no es sólo ridículo, sino triste, muy triste, dice Unamuno, pues las bibliotecas están llenas de esos formidables científicos. Y debajo de ese científicismo, nada científico, debajo de ese disfraz de ciencia, de esa pedertería ramplona, asoma el *odium anti-theologicum*. Esos científicos metidos a filósofos y teólogos o antiteólogos, están haciendo un vulgo científico y horizontal, cándido. Esos biólogos, ya sea Le Dantec, o Haeckel- forman una especie de asociación internacional que se traducen y celebran unos a otros y pretenden cerrar el paso a los pensadores serios y bienintencionados, libres de sectarismos y de rabias.

⁷⁹ El nuevo título de la obra, suponía ya un desplazamiento del centro de gravedad de la obra: su conflicto trágico entre la experiencia de caducidad y su ansia de inmortalidad. Cf. CEREZO, P., p. 375.

⁸⁰ Cf. ROBERTS, S. G. H., p. 172.

de la finalidad o el para qué de las cosas; y el punto de vista de la causalidad eficiente de la ciencia, el del cómo. Observará que las ciencias, importándonos mucho y siendo absolutamente indispensables para nuestra vida y pensamiento, cumplen un fin más objetivo, es decir, más fuera de nosotros, que la filosofía. Su orden no es de las causas eficientes, sino el de las finales y pertenece al ámbito del sentido⁸¹. La matemática es una cosa y la sabiduría, la religiosidad, la justicia, la prudencia y la bondad otra. Hay saduceos muy sabios en matemáticas y en lógica, dice Unamuno, que tienen poco de piadosos, justos, prudentes y buenos. Cuestiona su desdén por lo que no comprenden o no quieren comprender, y sobre todo el desprecio hacia aquellos que no les comprenden, o no les pueden comprender porque no les hablan en su lengua⁸². En *La agonía del cristianismo*, escrita diez años más tarde, también insistirá en el que el fin de la vida es hacerse un alma inmortal, un alma que se refleje en la propia obra.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Si en los años inmediatos a su crisis del 1897, Unamuno quiso encontrar la solución en su regreso a la fe de niño, con el paso del tiempo don Miguel comprobará que no puede tener fe de carbonero quien no lo es, y que debía confrontarse con las objeciones de los materialismos y ateísmos de su tiempo, también con los científicismos.

Don Miguel pertenece a la familia de hombres como Agustín, Pascal y Rousseau, sus hermanos espirituales, que en determinado momento reaccionaron ante una filosofía abstracta y descarnada y reflexionaron sobre la condición humana y la vida, desde dentro, en permanente lucha con el misterio, como Jacob con el ángel. Al igual que Pascal y Rousseau, piensa que el progreso científico-técnico no conlleva el progreso moral⁸³. Fue un intelectual que no dudó en criticar al intelectualismo, admirador de la verdadera ciencia y crítico con los científicos y con cualquier tipo de reduccionismo. Fue también un pensador sapiencial, que por temperamento no compartía, ni «consentía»⁸⁴ determinadas actitudes y reduccionismos que comprobaba en su época y que subsisten en la nuestra. Le parecía respetable que no se creyera en Dios y en la inmortalidad del alma, pero no comprendía que no se quisiera su verdad. Don Miguel llevaba esa aspiración «en lo más profundo de su corazón, y no podía resignarse a la inconsciencia, porque tenía» sed de eternidad⁸⁵. No comprendía a los que no se rebelan ante la expectativa de un mundo pasajero. Entonces, ¿para qué todo? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! «¡Sueños, nada más que sueños!», sospechará insistentemente don Miguel sobre todo en su época final. Le indignaba la superficialidad, la de aquéllos que, quizá desengañados de la vida, esconden dureza de corazón y tienen un «corazón de arena», que es peor que un corazón de hielo⁸⁶.

Como Pascal supo que, al igual que hay quien no puede admirar más que las grandezas materiales, otros no admiran más que las intelectuales, como si nos las hubiera más elevadas en sabiduría. A los tres órdenes de realidad corresponden las tres dimensiones de la condición humana: el cuerpo, la inteligencia y el corazón, y tres niveles de conocimiento distintos: sensible, inteligible y

⁸¹ Cf. *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. I.

⁸² «La supuesta anormalidad española», *Hispania*, 1 de julio de 1913, *op. cit.*, III, p. 732

⁸³ Para la relación del pensamiento de Unamuno con el de Pascal, véase: VILLAR, A., *Unamuno y su lectura de Pascal*, en Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, vol. 17, 2-2009, pp. 69-98.

⁸⁴ «No con-siento más que dos posturas: la del cristianismo positivo (católico, protestante, etc.) y aún mahometano que cree en la otra vida a pies juntillas como continuación de ésta, o la del incrédulo que sufre y se desespera por dentro y es pesimista. Lo otro, lo comprendo pero no cabe en mí. Es cuestión de temperamento», aarta a Federico Onís de 28 de enero de 1913, *Epistolario inédito*, I, p. 187.

⁸⁵ «El que uno no crea que haya Dios, ni que el alma sea inmortal, o el que crea que ni hay Dios, ni es inmortal el alma —y creer que no la hay no es lo mismo que no creer que la hay—, me parece respetable; pero el que no quiera que los haya me repugna profundamente», *Materialismo popular*, *op. cit.*, III, p. 365.

⁸⁶ *Escepticismo fanático*, *op. cit.*, III, p. 361.

sapiencial. Los tres órdenes son discontinuos e incommensurables, de ahí que el verdadero heroísmo se considere locura para los que están en un orden distinto.

Unamuno fue un creador que luchó y se comprometió con la búsqueda y logro de un ideal. Y a aquellos que lo calificaban de soñador, quizá les repitiera las palabras del espiritual Hamlet al intelectual Horacio que tanto le gustaban: «Hay en los cielos y en la tierra, Horacio, más que lo que sueña tu filosofía» (*Hamlet*, acto I, escena V)⁸⁷.

Universidad Pontificia Comillas, Madrid
avillar@chs.upcomillas.es

ALICIA VILLAR EZCURRA

[Aprobado para su publicación en este número extraordinario en diciembre 2012]

⁸⁷ La misma frase se repite en *Mi confesión*, p. 34.